

APUNTES BIOGRÁFICO-CRÍTICOS

SOBRE

D. JOSÉ DE MANJARRÉS

Y DE BOFARULL

ACADÉMICO NUMERARIO QUE FUÉ DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

LEIDOS POR

D. FRANCISCO MIQUEL Y BADIA,

socio numerario de la misma Academia

en la sesión pública celebrada el día 17 de febrero de 1884.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA,

calle de las Tapias, núm. 4.

1884.

APUNTES BIOGRÁFICO-CRÍTICOS

SOBRE

D. JOSÉ DE MANJARRÉS

Y DE BOFARULL

ACADÉMICO NUMERARIO QUE FUÉ DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

LEIDOS POR

D. FRANCISCO MIQUEL Y BADIA

socio numerario de la misma Academia

en la sesión pública celebrada el día 17 de febrero de 1884.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

calle de las Tapias, núm. 4.

1884.

EXCMO. SR.:



LAMADO á ocupar un sitio en esta docta Academia, más por voto cariñoso de amigos que por probados merecimientos propios, he de molestar por vez primera vuestra bondadosa atención reseñando y apreciando la aprovechada vida de uno de los académicos en quien más se juntaban la modestia inseparable del valer verdadero, con la actividad incansable y el entusiasmo más resuelto por compartir las fructíferas tareas de esta Corporación. Cumplo así uno de los deberes que con singular acierto impone la Academia á sus individuos y satisfago al propio tiempo una deuda del corazón, porque D. José de Manjarrés y de Bofarull, que es el académico á quien aludó, y cuyo nombre se os habrá ocurrido en seguida sabiendo el objeto de la sesión que celebramos, fué maestro cariñoso mío, ilustradísimo guía en mis aficiones artísticas y uno de aquellos amigos que se gozan en colmar de favores á la persona á quien favorecen y honran con su afecto. Este afecto, empero, no ha de empecer en manera alguna á la imparcialidad estricta con que en estos breves apuntes, que desearía no resultasen fatigosos para mi benévolo auditorio, he de examinar los trabajos en que se ocupó el difunto académico durante su atareada existencia, las obras que dió á la estampa y en

las cuales demostró erudición nada común, la propaganda util á que se dedicó en la cátedra y en la prensa, y por fin la serie variada de ocupaciones en que puso de relieve la bondad de su alma, la extensión de sus conocimientos y la claridad de su inteligencia.

No me propongo, Excmo. Sr., trazar aquí una biografía minuciosa de D. José de Manjarrés, sino por lo contrario huir de pormenores para fijarme exclusivamente en los hechos y en las obras más importantes de su vida. Cuento así daros á conocer mejor al escritor y al hombre, desde que fué bautizado en esta ciudad en la parroquia de Ntra. Sra. de los Reyes ó del Pino, día 15 de mayo de 1816, hasta que falleció también en Barcelona el 19 de agosto de 1880, siendo Director de la Escuela oficial de Bellas Artes, á cuyo profesorado pertenecía desde muchos años antes. Diéronle educación é instrucción esmeradísimas sus padres D. José de Manjarrés, abogado de los Reales Consejos, y D.^a María Francisca de Bofarull y Mascaró, cooperando eficazmente á la carrera literaria de nuestro distinguido compañero, su padrino el juicioso y erudito autor de *Los Condes de Barcelona vindicados*, el Sr. D. Próspero de Bofarull y Mascaró, cuyo nombre pronuncian y pronunciarán con respeto-cuanto se dediquen á los estudios históricos. En Cervera y en Huesca arrastró bayetas, intermediando, como todos los escolares de aquellas ilustres Universidades, la lectura del Heineccio y del Vinnio con los pasatiempos juveniles á que de vez en cuando se entregaban todos, incluso los más aprovechados, con espíritu regocijado y con un frescor de corazón, que ya se va haciendo, si no es, rarísimo entre la gente moza de nuestros días. Graduóse en Derecho y llegó á ejercer la abogacía, pero desde los primeros pedimentos halló que no cuadraba á sus aficiones el ejercicio de la profesión, por cuyo motivo encaminó su actividad á tareas que le fuesen más gratas y que encontró en la Administración provincial. En las oficinas de la Diputación como uno de los más celosos jefes de Negociado, empezó Manjarrés á dar pruebas de una inteligencia nada vulgar, atenta á conseguir resultados prácticos, y amiga de que no se olvidase en toda clase de asuntos ningún pormenor conducente á obtener la mayor regularidad imaginable. Nuestro compañero era en toda la extensión de la palabra un hombre ordenado. Todo lo ejecutaba con método; todo lo sujetaba á plan reglamentario; de donde procedía que á pesar de sus muchas y variadas ocupa-

ciones, no faltase nunca, no digo á las obligaciones que tenía contraídas por compromiso ó que eran para él cumplimiento de un deber sagrado, mas ni siquiera á aquellas atenciones de las que se puede prescindir sin daño de tercero ni menoscabo de la reputación propia. Hábiale oído decir repetidas veces quien tiene la honra de dirigiros la palabra, que al aceptar un nombramiento para una Academia, para una Asociación, para una Comisión cualquiera, se consideraba desde el instante obligado á cumplir fidelísimamente las obligaciones que la designación llevaba consigo, y que no las excusaba á no mediar impedimento material que le imposibilitase llenarlas. Y no se limitaba al cumplimiento estricto de tales obligaciones, antes se adelantaba á los más celosos— y en lo que digo no hay exageración alguna—aceptando las comisiones más fatigosas, trabajando con actividad y desinterés admirables en la redacción de dictámenes, formación de catálogos, en llevar á cabo inspecciones, etc., etc., como lo atestiguaron cuantos fueron sus compañeros en esta Academia y en la de Bellas Artes, en la Escuela del ramo, en la Comisión de Monumentos históricos y artísticos y en todas las asociaciones de que formó parte desde que vistió la noble toga del jurisconsulto hasta que el Señor le llamó á sí en la fecha citada del año de 1880.

Ahora bien: persona dotada de semejantes cualidades había de ser, como fué, excelente covachuelista. No basta para el despacho de un negociado poseer inteligencia despejada y hasta perspicaz, pues se requiere también laboriosidad á toda prueba y voluntad que no se canse con las minuciosidades de los asuntos administrativos, merced á lo cual se logra la rapidez en la tramitación, una de las primeras condiciones que ha de reunir el servicio de los asuntos del Estado, de la provincia ó del municipio. Así lo hizo D. José de Manjarrés en la Secretaría de la Diputación de la Provincia, en donde las prendas de que dejo hecho mérito las puso de relieve en diversos negocios y muy particularmente en los dos importantísimos de la recogida de la calderilla catalana y de la organización é instalación de la Casa de Maternidad y Expósitos. Difíciles eran las operaciones que la primera exigía si se deseaba evitar una perturbación monetaria en tiempos en los cuales la calderilla representaba una cantidad en metálico verdaderamente extraordinaria. Requeríase sobre todo organización acabada y minuciosa en todos los trabajos y esto lo llevó á cabo nuestro querido consocio, ya por iniciativa propia en algunos de los

acuerdos adoptados, ya secundando habilmente los que tomaron al intento beneméritos diputados provinciales con la primera autoridad administrativa del distrito. Otro tanto hizo respecto de la Casa provincial de Maternidad y Expósitos, cuyo reglamento redactó si no en todo en parte principalísima, y en cuya organización se ocupó con un interés del que daba elocuente testimonio la manera como hablaba de aquellos trabajos, complaciéndose en citar curiosísimos pormenores y enumerando las dificultades que habían debido vencerse y la solicitud que para lograr el vencimiento habían desplegado cuantos trabajaron entonces en la creación é instalación del referido caritativo Instituto.

Los quehaceres de la administración provincial no eran poderosos á distraer á nuestro compañero de sus aficiones predilectas. Teníanle ganado para sí las letras y las artes y en su trato se pasaba las horas que le dejaban libres los deberes de empleado. Seríame difícil, y resultaría enojoso para los que me escuchan, formar el inventario de las obrillas que escribió en sus mocedades y en los primeros años de su juventud, obrillas de mayor ó menor aliento, que vieron la luz pública en periódicos y hojas volanderas ó que—las menos sin embargo—se quedaron inéditas entre los cartones de un balduque por juzgar el autor que no reunían méritos suficientes para aparecer en letras de molde. Gustábale á Manjarrés leer en tertulias y sociedades las propias y las ajenas composiciones, gozándose en hacer valer las bellezas de las últimas por medio de una dicción prosódica bien entonada y en la que se guardaran las reglas de la declamación. Con fundado motivo atribuía á la lectura en público, bien hecha, superior importancia, en lo cual no iba errado, antes al contrario acertadísimo, máxime en tiempos como los nuestros tan amigos de que todo se pregone pomposamente y de que se revistan con cierto atavío artístico los partos, felices ó desdichados, del ingenio. Llevado de esta idea frecuentó el teatro en aquellas décadas en que Guzmán, D. Carlos Latorre, Mate, Romea y Arjona con una pléyade de insignes primeras damas, eran ornamento de la patria escena é interpretaban en ella prodigiosamente así las creaciones de los antiguos dramáticos como las valentísimas obras de la musa romántica, de aquella musa tan atrevida é inspirada que nos ha dejado, como muestra inmortal de su potente brío, el *Don Alvaro ó la fuerza del sino* del insigne Duque de Rivas y otras producciones dignas de parangonarse con ese colosal Edipo de la moderna poe-

sía castellana. Estudió Manjarrés con inquieto afán el decir de aquellos ilustres maestros de las tablas y no satisfecho con observarlos y estudiarlos desde la luneta del espectador aficionado, acudió á D. Carlos Latorre, que era todo un caballero según refieren los que le habían tratado, y de él recibió doctas lecciones sobre la emisión de la voz, pronunciación, modo de leer la prosa y el verso, fuerza de expresión en la lectura y sobre otros extremos al mismo fin pertinentes, utilísimos todos y más que medianamente olvidados hoy día á pesar del deseo que á la generalidad anima, como antes he dicho, de imprimir bella forma y aire artístico á cuanto se realiza en el círculo de cualquiera de las artes. De la importancia que daba D. José de Manjarrés á los efectos prosódicos son claro testimonio los versos que escribió, no muchos en número, y en los cuales quizás por cuidar con exceso de las cualidades externas no atendió á las intrínsecas y más sustanciales en la poesía. Fuerza, empero, me es hacer constar que no pretendió nunca sentar plaza de poeta, sino antes al revés, sólo á título de desahogos literarios mostraba sus obras rimadas, compuestas casi todas á imitación de las de Meléndez, Martínez de la Rosa y de algunos vates italianos con cuyos trabajos se hallaba nuestro consocio muy familiarizado.

Estos escarceos poéticos no le desviaron jamás de su principal afición. Mientras se ocupaba en asuntos administrativos con el fervor de que he dado cuenta y mientras distraía sus ocios con el teatro y la poesía, hallaba aún vagar para ir preparando los breves, pero sustanciosos apuntes que acompañan las láminas grabadas en perfil de la colección titulada *Museo de Pintura y Escultura* que dió á luz en esta ciudad por los años de 1860 y siguientes. En los volúmenes de esta colección dió D. José de Manjarrés evidentes pruebas de su vasta lectura en puntos de teoría y crítica artística y de historia de las Bellas Artes, puesto que abarcan caudal copioso de erudición y de doctrina los datos y observaciones contenidos en la descripción y advertencia de los centenares de láminas que constituyen el *Museo de Pintura y Escultura*. En la elección de esta obra acreditó asimismo su perspicacia y buen criterio. Hallábase entonces muy poco extendido el conocimiento de las obras maestras del ingenio humano en las dos citadas Bellas Artes: la adquisición de grabados al buril ó al agua fuerte no podían permitírsela todas las fortunas, y la litografía, la fotografía y otros medios de reproducción que han abaratado las

láminas, ó no se habían inventado todavía, ó estaban en mantillas, sin que de ellos se hubiesen obtenido las fecundas aplicaciones que tanto han contribuído recientemente á la util propaganda de los conocimientos artísticos. Las láminas grabadas por Reveil, aun cuando no dan idea de la entonación, de la factura de los artistas de distintas escuelas, permiten apreciar bien la composición de los cuadros y de las estatuas, el modo de desarrollar los conceptos peculiar á cada maestro y hasta cualidades de dibujo tenidas en más aprecio en aquella época de lo que se tienen hoy, en que se da con frecuencia exagerado valor en la pintura y en la escultura á méritos de carácter resueltamente sensualista ó á la habilidad material en la ejecución pictórica y escultórica.

Ocupación fué de toda su vida poner de relieve las cualidades sólidas de las obras maestras del Arte de todos los tiempos y de todos los pueblos; demostrar que el Arte no llena su objeto sin concepciones elevadas y sin un fin noble que se separe de la bajeza de las miserias terrenas; sostener con un calor que no faltaba nunca en el fondo de los escritos de Manjarrés aun cuando la forma se presentase sobrado acompasada ó mejor rigurosamente lógica, sostener, digo, que el Arte ha de ser idealista, en el sentido propio de esta palabra, ó sea en el concepto de que no ha de reducir todas sus aspiraciones á la mera, á la servil, á la minuciosa y exacta imitación de la naturaleza, sino que partiendo de esta, tomándola por fundamento y guía para no perderse en el laberinto de la falsa idealidad, ha de remontarse á mayores esferas, depurando la verdad real sin falsearla, y ajustando la forma á aquella idea grandiosa, alta, inmortal que ha animado el corazón y la mente de los más famosos ingenios y á cuyo influjo y por virtud de cuya fuerza han concebido y realizado las obras que han sido, son y serán admiración y pasmo de todas las generaciones. Así emplea bien el artista las facultades de que le dotó Dios al concederle la imaginación creadora y el poder de la bella ejecución, y así entendió nuestro compañero, como lo entenderéis también vosotros, que debía emplearlas quien quiera hacerse digno del nombre de artista, hoy demasíadamente prodigado.

«Si el Arte tuviese por objeto la identidad con las existencias.» — escribe D. José de Manjarrés en su obra *Teoría estética de las Artes del Dibujo*, premiada en concurso por la Real Academia de San Fernando—deberían proscribirse del dominio del Arte ciertas obras que la fantasía puede producir y ha producido

» sobre el modelo de la Naturaleza, ó con los datos que la Naturaleza ha proporcionado, y que sin embargo ni están ni pueden estar en ella. La batalla de los Hunos, obra del pintor Kaulbach, las Operas, la Divina Comedia del Dante, son prueba evidente de que sin intención siquiera de reproducir la Naturaleza, sino tomando de ella los datos, y produciendo según determinadas ideas, pueden darse á luz excelentes obras de Arte. De donde se deduce que si la Naturaleza es el *único modelo* que el artista debe proponerse, no es más que un *medio* para la representación, una condición para producir bien; pero nunca esta condición ó medio deberá considerarse como objeto final y principal del Arte. El principio de Imitación de la Naturaleza en esta consideración, está rechazado por el mismo criterio del espectador ó del oyente, los cuales no buscan en la representación la identidad con las existencias, sino una idea, una combinación armónica de partes entre sí y de cada una de ellas con el todo.»

Doctrina que confirma y completa en los siguientes párrafos de la misma obra:

«... lo natural no es la circunstancia que el Arte prefiere; al contrario, las más de las veces le rechaza, porque no considera propio de sí más que lo ideal. Donde hay idealidad hay naturalidad; pero no siempre donde hay naturalidad existe la verdad del Arte, esto es, la idealidad. Existen ciertas obras de Arte en las cuales se combinan casi todas las formas que el Arte reviste, y en cuyo examen podrá hallarse la explicación de esta anomalía: tales son las representaciones teatrales, especialmente las coreográficas y las lírico-dramáticas: en ellas lo natural no es lo que más se exige. Con efecto, natural es que el hombre coma; y sin embargo, no dejará de haber verdad aunque el poeta no haga representar á sus interlocutores este acto tan necesario para la vida, cuando no le haya menester para el desarrollo de la acción: en el mundo no se habla en verso, y sin embargo el poeta escribe dramas en lenguaje metrificado, que de buen grado admite el oyente, porque saborea mejor la inspiración del poeta: en la vida práctica no se habla cantando, y sin embargo las Operas nos causan completa ilusión: de manera que cuando una representación teatral reúne todas las condiciones de la Belleza, tiene un encanto tal, que llega uno á olvidarse de sí mismo y del mundo real, sin dejar de creer que lo que vemos y oímos sea la realidad.»

Apreciaba muy bien en la escultura y la pintura la habilidad técnica del artista, el garbo en el modelar, el desenfado en la pincelada, pero nunca posponía á estos méritos, lo que con razón consideraba fundamental en la obra de arte, ó sea el pensamiento, la parte intelectual que en mayor ó menor grado cabe en la obra del escultor y del pintor, por más que, á causa del asunto, ocupe puesto inferior en la jerarquía artística. Dolíase, pues, amargamente de que lo accesorio se antepusiese á lo principal: los pormenores de una pincelada diestra al valor sólido de un dibujo correcto y de la composición bien desarrollada; por cuyo motivo traía muy á cuento al hablar de este punto la anécdota que se atribuye al racionero Pablo de Céspedes, según la refiere Palomino: «Volvió Céspedes — escribe dicho autor — á España y á » Córdoba su patria, donde tomó posesión de su prebenda, y » donde pintó famosas obras, y en particular el célebre cuadro » de la Cena de Cristo nuestro Señor, que está en la Iglesia ma- » yor junto á la sacristía nueva del Señor Cardenal Salazar, donde » mostró muy bien su ingenio; pues no hay Apóstol, en cuyo » aspecto no muestre la santidad y amor; en Cristo la hermosura » y grandeza; y en Judas lo descortés y lo falso. Estando pintan- » do este cuadro en su casa, los que lo iban á ver, celebraban » mucho unos vasos y jarrones, que están pintados en ella en un » enfriador, de admirable traza y disposición, sin atender á la va- » lentía de lo demás. Viendo el Racionero que se les iban los ojos » á todos á aquel juguete, enfurecido daba voces á su criado, di- » ciendo: Andrés, bórralo luego, quítalo de aquí; pues no se » repara en tantas cabezas, figuras, movimientos y manos, que » con tanto cuidado y estudio he hecho y reparan en esta imper- » tinencia. Y fué menester darle mucha satisfacción para que de- » sistiera de borrarlo.» Cuyo enojo aplaudía Manjarrés, por lo mismo que — sin despreciar, como he dicho, la habilidad del que pinta diestramente un bodegón — no juzgaba que en copiar cacharros y baratijas debiera emplearse el alto ingenio de un artista que lo tuviera poderoso para atreverse á mayores y más significativas empresas.

Vulgares semejarán estas nociones de puro sabidas por cuantos se dedican á los estudios estéticos; mas importa repetir las siempre para contrarestar la propaganda activa, y muchas veces brillante y deslumbradora, de los que sin alientos bastantes para subir á las regiones serenas del Arte, quieren rebajarlo y empe-

queñecerlo para ajustarle á los estrechos moldes de su inteligencia. Esta lucha y esta propaganda buena sostuvo nuestro dignísimo compañero en el aula y en los libros que dió á la estampa. No en todos los puntos que trató hallaríame tan acorde con su parecer como en el que me ha ocupado en las anteriores líneas, antes bien quizás sin disentir por completo en lo fundamental me separaría de sus asertos en puntos de detalle y en otros tal vez de alguna significación y trascendencia. Así por ejemplo y para justificar mis palabras, aun cuándo no sea este momento abonado para la censura, no me sería posible convenir en la afirmación que hace en la *Teoría estética de las Artes del Dibujo*, de que las tres facultades del alma son: pensamiento, voluntad y sentimiento, por ver en esta nomenclatura una confusión psicológica que también en mayor ó menor grado se revela en otros capítulos de la misma monografía y del libro *Teoría é Historia de las Bellas Artes*. Tampoco me avendría gustoso á aceptar algunas de las definiciones que D. José de Manjarrés formula en sus obras, como verbigracia la de que la Belleza sea «la Armonía entre los dos términos constitutivos del Arte, el Fondo y la Forma,» porque á mi entender deja en la misma oscuridad que tenía sobre aquel concepto, antes de leer y meditar la definición, á quien no se haya dado cuenta por acto de conciencia propia de lo que es y constituye la Belleza en los objetos sensibles, en los actos morales y en los hechos de la inteligencia.

No opondré semejantes reparos á la parte meramente histórica de los libros publicados por Manjarrés. Partiendo este de Winkelmann y del Vasari, conociendo cuanto han escrito Mengs, Cean Bermúdez, Palomino, Martínez, Llaguno y Amirola y otros muchos tratadistas españoles, paciente coleccionador de todos los datos y noticias que juzgaba interesantes al conocimiento de la marcha y vicisitudes del Arte en las diferentes épocas del mundo; se señala por una imparcialidad, severidad y sobriedad de exposición propias del que busca la verdad histórica con empeño y trata de hacerla comprender al lector con la mayor fidelidad y exactitud posibles. Así en las dos obras que antes he citado como en las páginas de *Las Bellas Artes* adornadas con grabados de los más famosos monumentos y creaciones del Arte, en las *Nociones de Arqueología española* y en *Las Artes suntuarias*, existe caudal extremo de noticias sobre todo cuanto se refiere á la Historia del Arte, con multitud de pormenores que llegan acaso por su

misma abundancia á hacer cansada la lectura para los que no estén ya algo versados en las expresadas materias. Con método riguroso siempre, examina las civilizaciones capitales en la marcha del género humano y las caracteriza con la sobriedad á que antes he hecho referencia, y que exagera en ocasiones hasta el punto de que la exposición resulte algo fría y de que el lenguaje empleado por el autor tenga idéntico movimiento, idéntico calor, un aspecto afectivo idéntico cuando trata, pongo por caso, del siglo de Pericles ó de los tiempos en que vivieron los egregios pontífices Julio II y Leon X que llenaron de maravillas las privilegiadas penínsulas de Grecia é Italia, como al dar cuenta de uno de aquellos períodos en los cuales el Arte descendió hasta la barbarie ó se extravió por los senderos de la exageración y de la falsa originalidad. El talento de D. José de Manjarrés era más razonador que entusiasta; su modo peculiar de ver el Arte le llevaba antes á precisar las bellezas por medio del lenguaje rigurosamente lógico que á hacerlas comprender á sus oyentes ó lectores por medio del lenguaje del sentimiento, con lo cual quizás lo que perdía en animación y atractivo ganaba en exactitud y en carácter didáctico.

Este carácter rigurosamente didáctico tenía asimismo su enseñanza en cátedra, á la que se dedicó como á un verdadero sacerdocio, desde que en virtud de oposiciones celebradas en la Corte fué nombrado por Real orden de 2 de julio de 1857 Catedrático de Teoría é Historia de las Bellas Artes—en cuyo puesto sucedió al inolvidable D. Pablo Milá y Fontanals,—hasta su fallecimiento, demostrando siempre igual solicitud y celo en el desempeño de su cargo, sin que los entibiaran desengaños que recibió en su carrera profesional por consecuencia del incesante vaivén de la administración española, y por cuya virtud quedó por largos años postergado en los ascensos que de derecho le correspondían. Metódico Manjarrés hasta lo sumo en sus explicaciones, había regularizado la enseñanza de aquella asignatura, no dejando nada á la casualidad ni siquiera al calor ó entusiasmo del momento. Con dibujos á propósito precisaba los tipos principales del arte arquitectónico y con la enumeración y descripción minuciosa de los elementos que integran cada uno de ellos completaba la idea que se proponía grabar en la inteligencia de sus alumnos. Celoso también en todos los asuntos de la Escuela de Bellas Artes, que se llevaba sus mayores aficiones, fué por muchos años un Secretario modeló del establecimiento, y de él hubiera sido Director inteli-

gente y fervoroso si la muerte no hubiera puesto fin á su vida al mes y días de haber sido nombrado para dicho cargo por el Gobierno de S. M. (q. D. g.) previa propuesta en terna de la Academia del ramo, pues lo fué por Real orden de 11 de junio de 1880.

Dije antes que D. José de Manjarrés demostró en sus mocedades y en su juventud singular predilección por el teatro, de donde vino que frecuentara los coliseos más en moda en aquellos años y que fijara su atención en su traza, en la disposición y arreglo de sus dependencias, en la organización material de la escena, en la manera como se presentaban óperas y comedias, en las decoraciones y vestuario, y en un sin número de pormenores pertinentes todos á la mayor comodidad y goce de los espectadores y á aumentar la ilusión que en estos causan las producciones escénicas. A estas aficiones y á estos estudios se debió que nuestro querido consocio se encargara de la dirección artística de uno de nuestros primeros coliseos, el Liceo de Isabel II, juzgando con fundado motivo que no era ocupación baladí la de fijar el carácter que deben tener las decoraciones según la ópera ó comedia que se representen; atender á que se guarde en lo posible la exactitud histórica en los edificios que aparezcan en las tablas y en los trajes vestidos por cómicos y cantantes; procurar que exista igual verdad en el mobiliario y accesorios; disponer los grupos de coristas y comparsas según lo exija la escena representada; y hacer que se muevan todas las figuras de modo que contribuyan á ofrecer de relieve el pensamiento del poeta ó del compositor, aumentando con el efecto plástico la impresión que ha de producir en el ánimo la creación artística, merecedora de este honrosísimo calificativo. Y á pesar de que Manjarrés hubo de luchar continuamente con los estorbos que á sus deseos oponían por un lado el presupuesto de las empresas y por otro los caprichos de los que pomposamente se dan á sí mismos el nombre de artistas aunque no pasen de vulgares histriones; muchos abusos desterró que contaban larga fecha, costumbres implantó que eran desconocidas y sembró semilla cuyos frutos aparecieron visibles en obras escénicas decoradas con magnificencia, verdad histórica y colorido cabal de época. Cuánto hubo de bregar para conseguir en mayor ó menor grado sus laudables propósitos, lo dice una anécdota que le había oído referir distintas veces. Dábase en nuestro Liceo el sublime *Don Giovanni* de Mozart, después de luengos años de haberse cantado en el Teatro de Santa Cruz por cierto con éxito

desgraciado, muy opuesto al que logró en la segunda época á que me refiero, y para honra del maestro y del teatro puso empeño Manjarrés en que la ópera se vistiese bien según la antigua usanza española. Púsole á una de las damas, como era de razón, saya entera de terciopelo negro vareteado de oro, jubón alto de lo mismo y gorguera y puños de puntas escaroladas que semejaban de Flandes. Nò le parecería sin duda á la cantante que fuese este vestido suficientemente vistoso, á pesar de su notable gallardía; quiso lucir gracias naturales que ocultaba el recato de las antiguas damas españolas y aprovechando la ausencia de pocos días de nuestro compañero, se sustrajo á su férula artística, apareciendo la mismísima noche en que él había partido para Italia, con un escote de media vara y con un vestido de pobrísimo artificio, mas dispuesto de tal modo que no hubiera hecho ridícula figura en cualquiera reunión danzante de nuestros días.

Cuanto sabía acerca del edificio teatro y las observaciones que le había sugerido la experiencia, lo dió en resumen en el utilísimo libro *El Arte en el teatro*, que publicó en el año 1875. Es de provechosa lectura en las páginas de esta obra todo lo que se refiere á la historia del teatro como construcción arquitectónica, desde la antigüedad á los tiempos modernos, en cuyos capítulos precisa bien la diferencia capital que existe entre los suntuosos teatros de Grecia y Roma y los modestos corrales de los siglos xvi y principios del xvii; pero de mayor sustancia considero aún los capítulos dedicados al teatro moderno, en donde abundan las indicaciones de carácter práctico desatendidas ú olvidadas muchas veces cuando se dispone la planta y traza general de una sala de espectáculos y escenario y el arreglo de los muchísimos pormenores que se requieren en ambos para la comodidad de los concurrentes y la holgada presentación de las producciones dramáticas y líricas. Así nuestro erudito compañero examina en el libro en cuestión cómo importa iluminar la sala y qué debe hacerse para su higiene; habla de las condiciones que han de reunir los pasillos, palcos, galerías, escaleras, etc., etc.; enumera y describe las partes que entran en la formación de un buen escenario; y termina esta sección de *El Arte en el teatro* con oportunos consejos sobre el modo de representar las diversas obras escénicas, consejos entreverados de fundadas censuras acerca de los vicios que en el arte dramático se han introducido por el mal gusto ó la frivolidad de los artistas, de los empresarios y del público.

Como complemento de este último estudio y con el título de *Sai-
nete de costumbres teatrales* incluye en el volumen de que estoy
hablando, una serie de cuadros de costumbres, que se despegan
acaso del resto de la obra, cuyo fondo admiten por verdadero los
que conocen la materia objeto de cada cuadro y en cuya forma
se advierten marcadísimos resabios y casi imitación directa de ar-
tículos similares que estuvieron de moda por los años de 1830
á 1840, cuando privaban en España el Solitario y el Curioso
Parlante, y que en 1875 mostraban atavío marcadamente anti-
cuado.

¿Qué puedo añadir más á lo que llevo dicho para completar el
retrato moral y literario de D. José de Manjarrés y Bofarull? ¿He
de reseñar, acaso, menudamente la parte que tomó en las fructí-
feras tareas de esta Academia, ya concurriendo á las sesiones en
que se trataban puntos de interés para las buenas letras, ya leyen-
do los estudios ó trabajos á que iba dando cima, ó fragmentos de
ellos por lo menós cuando su demasiada extensión no le permitía
comunicároslos íntegros? ¿Quién de vosotros, dignísimos com-
pañeros suyos, ignora las horas y el caudal de inteligencia que
empleó en el arreglo del Museo de Antigüedades de Santa Ague-
da, cuando por feliz acuerdo de esta Academia y de la Comisión
provincial de Monumentos históricos y artísticos, de la que Man-
jarrés, conforme antes he dicho, era también celosísimo indivi-
duo, se reunieron los valiosos ejemplares que ambas Corporacio-
nes poseen, colocándolos en la hermosa nave de aquella Real
Capilla, magnífico tipo del Arte cristiano de la Edad Media?
¿No saben igualmente muchos de los que me honran escuchando
estos desaliñados apuntes necrológicos con qué afán desempeñó
cuantas comisiones tuvo á bien confiarle la Academia de Bellas
Artes y los dictámenes que emitió referentes á importantes asun-
tos artísticos, entre los cuales debe mencionarse especialmente
el extenso y luminoso informe que encabeza el *Album de la Ex-
posición retrospectiva celebrada en 1866* por la expresada Cor-
poración y en donde se encuentran datos y observaciones suma-
mente provechosas para el conocimiento de la historia de las
Artes suntuarias en España?

Fué, por lo tanto, D. José de Manjarrés y de Bofarull uno de
aquellos hombres que en nuestra patria trabajaron con mayor fe y
con mayor ahinco para el renacimiento del Arte en todas sus ma-
nifestaciones, dejando como fruto de su trabajo y como elocuente

prueba de su utilísima propaganda, las obras de que he hablado sucintamente y cuyos méritos he ensalzado con una imparcialidad que no ha amenguado en nada la gratitud y el afecto que al difunto académico profesaba. Hombre además de trato social distinguido, hacíase notar Manjarrés por esa cultura que tanto agrada y cautiva y que sólo adquiere frecuentando salones quien posee además natural apropiado para comprender en lo que se diferencia la cortesanía de la afectación, las maneras finas y espontaneas de las formas más ó menos convencionales que se aprenden de coro en cualquier tratado de urbanidad y se reproducen como el cómico el papel de una comedia. « El continuo ejercicio de las virtudes sociales y el estudio del corazón humano por el del nuestro » prescribe como máxima indispensable para el trato de las gentes en su *Guía de Señoritas en el gran mundo*, opúsculo de amena lectura y nutrido de advertencias atinadísimas, en el cual tras del maestro aparece el caballero que conoce por experiencia propia lo que dice y aconseja. En ella resulta fotografiado nuestro querido consocio, pudiendo afirmar, como último retoque de este mal pergeñado retrato, que siempre durante su vida ajustó sus dichos y sus hechos á las siguientes máximas que copio de la obra últimamente citada. « La vida social—dice— no consiste más que en el sacrificio continuo de nuestra voluntad, de nuestros caprichos y de » nuestros intereses personales. Nadie debe considerarse con derecho á obrar sin consideración ni miramiento alguno; porque el » mundo no nos recibe como nosotros queremos, sino como él » quiere; y si deseamos gozar de las ventajas de la sociedad, debemos llevar á ella nuestro contingente. »

